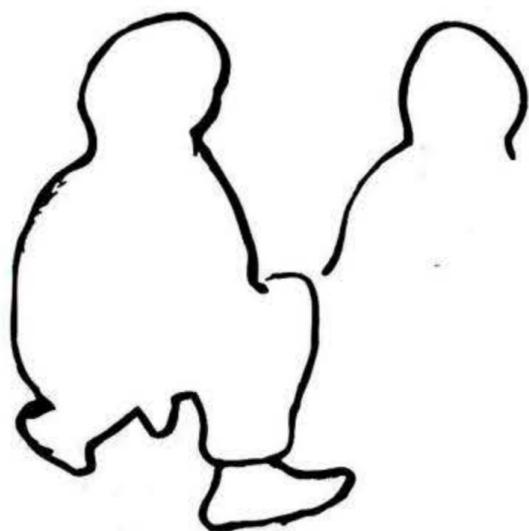


pero sin llegar a los extremos del narrador principal.

A pesar de toda la crueldad y la acidez de la novela, en el diálogo entre Cuervo y Bolaños —y en la melancolía que se respira en el mismo— se alcanza a sentir de rato en rato algo así como un oasis para algo que podría llamarse “buenos sentimientos”. Los dos personajes dan lástima pero —hasta cierto punto— producen también cierta simpatía. La vida y el misterio de la desaparición de Domingo Lunes en cierta medida terminan derrotándolos. La ciudad por la que caminan prácticamente no es de ellos. Y los dos han aprendido que el sentido de las palabras es engañoso.



Bolaños es lo que es. Un abogado mediocre, que llegó a juez adjunto y a quien el alcoholismo y las vicisitudes del caso Domingo Lunes lo llevaron a perder su trabajo. Su única lucidez consiste en sus quejas acerca de la mediocridad del país que, en cierto punto, él mismo encarna.

Cuervo, en cambio, siente que hubiera podido ser otra cosa. Desde niño —le dice Cuervo a Bolaños—, él tuvo una pasión, la pasión del investigador. “Me gustaban las Ciencias Naturales, la Arqueología. Pero usted ya sabe que en este país si no hay dinero no hay estudios” (pág. 85).

Esa vocación frustrada de investigador —y su abuso de la lectura de novelas policíacas que lleva a que Bolaños lo compare con Alonso Quijano (pág. 86)— es lo que lleva a Emilio Cuervo a convertirse en un detective caricaturesco. Al final lo que descubre —según él mismo dice— es la clave de su destino (pág. 341). No diré aquí cómo

termina la novela porque esto sería atentar contra las más elementales reglas de cortesía tratándose de una novela policial. Pero sí puedo decir que al final queda —en contraste con el lenguaje rimbombante de las primeras páginas— un silencio que puede propiciar la meditación. En ese momento cabe pensar que toda la novela es una lucha contra el ruido de las palabras que no dejan oír —para decirlo vallejianamente— la voz de la palabra.

En ese sentido, la novela se hubiera podido titular *Nuevas apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Porque el lenguaje bogotano —los lenguajes bogotanos— atraviesan la novela y la marcan. Y aunque estas apuntaciones críticas tienen un sentido distinto al de las apuntaciones de Rufino José Cuervo no deja de ser curioso que Aguilera —a la hora de bautizar a su detective improvisado— haya resuelto darle el apellido del filólogo.

*Fulanitos de tal, zutanitas de tul* es, al menos en su intención implícita, una novela filológica. Es decir, una novela caracterizada por el amor a la palabra o —en su sentido originario— por el amor al logos. En ese amor se libra primero una batalla contra las falsas palabras, contra la palabrería. Esta intención es sin duda interesante y hasta seductora. Es difícil decir si la ejecución de la idea estuvo a la altura de la misma o no. En este caso, como en muchos otros, es necesario dejar que el recuerdo de la lectura madure en la memoria que es donde, en último término, se sabe si lo que perdura de una obra son sus aciertos o sus fallos. Más atrás he señalado un fallo estructural y creo haber aludido indirectamente a muchos de los logros. De momento creo que predominan los logros. Y creo que predominan los logros porque lo que me da vueltas en la cabeza es la frase final de Emilio Cuervo —no la citaré— y la manera como la dice. Tal vez para esa frase —y para esa escena— fue escrita toda la novela. Bolaños y Cuervo se despiden. El taxi de Bolaños se aleja y Cuervo le grita la última frase —tiene que gritarla porque el ruido de la carrera 13 y la distancia no dejan oír— y en el grito, la o de una de las palabras dichas termina agrandándose como si fuera un pozo en cuyo fondo estuviera todo el misterio.

Tal vez el ruido de la ciudad sea como el ruido de las palabras falsas y el grito de Cuervo sea el sentido de la palabra verdadera. Aguilera, lo sabemos a más tardar en el colofón de la novela, se ha alejado de la ciudad que ha descrito. Su evocación de Bogotá es una evocación lejana y —en lo mucho que tiene esta evocación de pesadilla— se podría pensar que se trata de un exorcismo. En todo caso, al final termina uno imaginándose una Bogotá llena de destinos. Como el de Cuervo, como el de Bolaños, como el del desaparecido Domingo Lunes. Y Bogotá sigue siendo la misma aunque cada destino sea distinto y único porque, como le dice Betsabé a Gloria de Lunes parafraseando a Heráclito sin saberlo, “el agua que se lleva el río no pasa dos veces bajo el mismo puente, pero sigue siendo el mismo río” (pág. 281).

Heráclito también quería oír el logos y se quejaba de que las multitudes no lo oyeran. Heráclito también era filólogo. Hace no mucho Luis Aguilera publicó —en Canarias— un libro de poemas titulado *Quítenme esos versos de ahí*. Tal vez pensaba en los malos versos en donde, como lo advirtió Silva, es el único lugar donde puede encontrarse la poesía. “Quítenme esos versos de ahí —hubiera podido decir Aguilera—, para dejarme oír la poesía”. En esta novela, tiende a pedir que le quiten de ahí ciertas palabras para que lo dejen oír el logos. Como a Heráclito.

RODRIGO ZULETA

## De buenas y regulares venturas

### Jóvenes, pobres amantes

Óscar Collazos

Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1997, 239 págs.

En *Jóvenes, pobres amantes* se reúnen dos novelas en un solo libro. Ésta, del título, y *De putas y virtuosas* publicadas por Seix Barral, Santafé de Bogotá, en 1997.

## NARRATIVA

Dos historias en el puerto de Buenaventura, que habían sido editadas ya, separadas, en 1983. Por Plaza & Janés la primera y Editorial Laia la segunda, ambas en Barcelona (España).

*Jóvenes, pobres amantes* es una historia interesante de principio a fin, en ocasiones dilatada por el autor, Óscar Collazos, quien se solaza en anotaciones, paréntesis y recuerdos de la vida a veces desdichada y a veces lúcida de sus personajes, su tiempo y su geografía.

Toño Díaz, un astuto malandrín de 20 años en el puerto de Buenaventura acompañado de La Loca, su desgreñada y voluptuosa amante, inducen al narrador de la historia, un estudiante de 16 años en tiempo de vacaciones, hijo de bien, ávido de aventuras, calle, sexo y noche. De ellos le cautivan su libertad, su arrojo, su irreverencia, la lealtad que se consolida a medida que progresan sus andanzas.

Toño, avezado en el rebusque de la calle, se encarga interesadamente de guiar hasta el prostíbulo a los marineros y viajeros que llegan al puerto, a la vez que de robarlos o cobrar con sexo el miedo de las asustadas mujeres blancas que caen en sus manos. Su vida pende siempre de un hilo, pero no le importa. Lleva la despreocupación del que nada tiene y para quien cada día es una supervivencia llena de expectativas, cerveza, amigos o enemigos ocasionales, la mugre y el abandono del puerto: su casa, su cárcel.

Así lo presenta el autor, justo al comienzo de la narración: "No era exactamente un criminal. Podría ser uno de aquellos muchachos que de tanto recibir golpes piensa que mejor sería darlos por su cuenta, la salvaje vida por delante, resistiéndose a la resignación. Nadie se resigna por mucho tiempo a las miserias. Si después de algunos esfuerzos la gran puta sigue allí, hay que pasarlo de la mejor forma, podía haber pensado entonces el muchacho. Cuando se ha llegado a ese convencimiento —pensé yo años después— la vida se vuelve menos amarga, aunque en el fondo y con el tiempo se esté preparando la fría sangre de truhán. De esta estirpe era Toño Díaz. A pesar de los años, no me ha sido difícil recordarlo" (pág. 13).

Entre Toño y La Loca crece un amor fatigado por el sexo, la tiranía, el vicio,

el desprendimiento de sus propias vidas. Ella ofrece su cuerpo al mejor postor, o en juegos colectivos con los amigos de Toño. Está siempre dispuesta a ofrecer sus marchitos frutos reavivados por la juventud. Pero en Toño tiene a su verdadero amante, por que es él quien la tiraniza y la doblega, quien la menosprecia y la humilla, quien finalmente la busca y la quiere.



En medio de los dos está el narrador de esta historia de jóvenes, pobres amantes, del cual no sabemos su nombre, porque su amistad con ellos es distante, y no parece interesarles ese detalle nimio, y es él quien decide seguirlos, aburrido del orden y la previsible monotonía de su casa, aprovechando el tiempo sin tiempo de sus vacaciones. Le toma cariño a Toño y tiene sueños eróticos con La Loca. Ve en ellos los epígonos de una libertad y desenfreno que incuban en sus 16 años, la irreverencia y astucia que se requieren para sobrevivir a la demolición de ese puerto comido por el calor, el abandono, la trampa, el tráfico de toda índole y la sordidez.

Le regala dinero a Toño, saca ropa deportiva de su casa para regalársela (esa amistad comenzó con el atraco de sus tenis nuevos a manos de Toño, con

rayón de navaja en el brazo incluido), le sirve de campanero en los robos a las gentes, del puerto, etc. Con ellos, comienza a conocer la vida y las verdades del puerto de Buenaventura. Y eso le gusta y lo sustrae de la vida y las mentiras de su cotidiana realidad.

Memorable de la novela es el pasaje en que el narrador y sus dos amigos suben a La Pilota, zona de tolerancia del puerto.

En el bar El Caney encuentra el muchacho a Martínez, su profesor de historia en el colegio, quien vive en ese barrio y todas las noches visita aquel lugar, sólo para distraerse, para no pensar. Apasionado personaje este profesor. Locuaz y sarcástico, reviste la presencia de un sabio abandonado a la vida sin alicientes de aquel puerto de seres primarios y pendencieros, con la única convicción de ver pasar las cosas, introduciendo en sus alumnos el bicho de la inconformidad y aterrizándoles a los personajes y mentiras de la historia.

"El Imperio romano era, en las explicaciones de Martínez, una orgía de asesinatos y de alcobas ensangrentadas, de intrigas que él contaba como si fueran sainetes, tragedias, piezas de enredos. Si sacan algo en claro, avísenme, muchachos: no doy clases para la claridad, sino para meter un poco de confusión allí donde había sólo ignorancia". Así lo recuerda el autor (pág. 85).

Esa misma noche, entre cervezas, aguardientes y baile, Toño se trenza en una pelea a cuchillo, de la cual ambos contendores salen ilesos. Comenzó por los celos de quien pensó que Toño galanteaba a su pareja.

Al día siguiente, el narrador sale de allí atontado por la borrachera y hace un recorrido por el puerto que lo lleva hasta la playa, al refugio-covacha de La Loca, suponiendo encontrar en ese lugar a su amigo, perdido varias horas antes. Lo encuentra moribundo, apuñalado por la espalda por quien había sido su rival en el bar.

Sereno, de alguna manera orgulloso y disculpado por haber sido atacado a traición, agoniza con la dignidad de quien muere en su ley y no requiere escándalos ni lágrimas ni venganzas.

Prosa ágil y bien cuidada la de Óscar Collazos, con su reino establecido en el puerto de Buenaventura. Pasajes be-

llos y poéticos de excelente narrador, y caídas en cierta insubstancialidad que desconcentra la lectura y coloca en labios del narrador (16 años) asuntos y reflexiones que a todas luces no le competen, no le "cabén". Quizá porque el narrador cuenta la historia, recordado a su vez por el autor, quien se encuentra escalones más arriba, su demiurgo.

Más concentrada es la novela *De putas y virtuosas*, que completa este bien editado volumen de Seix Barral.

Amalia Cifuentes Mora, recatada y púdica a pesar de su condición de prostituta, reverencia los oficios religiosos de jueves y viernes santo, días en que transcurre la historia en el mismo puerto de Buenaventura.

Cansada, estragada de la vida, se mantiene allí ante la falta de una mejor opción y porque los años ya no le dan una oportunidad de buscar mejores alternativas. Desprecia todo aquello y se aleja del bullicio y ordinariez de sus compañeras hasta el punto de ser casi enemiga de todas ellas. Todo terminaría de otra manera, menos pacífica, de no ser por el respeto y casi miedo que infunde en sus colegas, excepto en Rosa, su única y fiel amiga.

Las enfrenta, las corrige, las insta al respeto que deben guardar en la Semana Mayor y no se permite ligerezas insinuadas por ocasionales clientes que llegan a saciar su lascivia y brutalidad. Ni siquiera a Joaquín, médico del puerto, de quien se había enamorado a pesar de las dificultades de su matrimonio y sus dos hijos. Él encontraba en ella la aventura y la sinceridad que no había en su casa, el amor no podrido por la costumbre y las obligaciones.

Una historia de amor desgraciado, llevada al plano de la comedia en un trópico insubstancial, enrarecido por la monotonía y el tráfico de mercancías y de cuerpos. Donde también el amor es una compra-venta y quienes se rebelan están condenados a un ostracismo interior que debe terminar en la delincuencia, la ilegalidad, el sufrimiento de mártires o el suicidio. Aquí nadie se suicida porque en las dos novelas los personajes han elegido las opciones anteriores y un suicidio sería quizá el tema de una tercera novela.

*De putas y virtuosas* es una novela previsible, que pisa terrenos muy traji-

nados en la literatura, pero rescatada de la intrascendencia por el recurso de un lenguaje bien hilvanado, que ensarta al lector en la fina psicología de la protagonista, las bien tratadas escenas de alcoba y de la homosexualidad, apenas sugerida, entre Amalia y Rosa, que sólo al final tiene un tinte más marcado y dejará al lector con una sonrisa de pudor y complicidad.

Este díptico es extensión del imaginario de Collazos, afincado para siempre en esa ciudad-puerto de la que nunca ha podido desprenderse, de la que nunca en realidad ha salido y que constituye el centro de sus mejores historias y sueños.

Por ello ese lapidario epígrafe del libro, de Constantino Cavafis: "No hallarás otras tierras ni otros mares./La ciudad irá contigo a donde vayas".

LUIS GERMÁN SIERRA J.

## Tres obras de "Magisterio"

### Palabras abiertas

Selección de Iván Torres

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1993, 106 págs.

### Mujeres y otros cuentos de riesgo

Selección de Celedonio Orjuela D.

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1996, 123 págs.

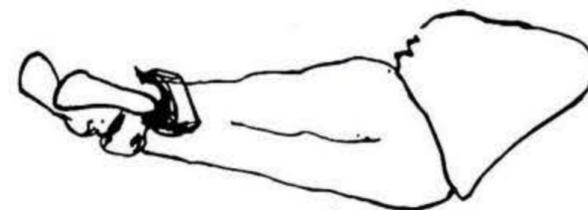
### Diana Umbra

Pío Fernando Gaona

Cooperativa Editorial Magisterio, Santafé de Bogotá, 1993, 106 págs.

Estas tres obras tienen en común el hecho de formar parte de la colección Montaña Mágica, que edita la Cooperativa Editorial Magisterio. Además, las dos primeras (*Palabras abiertas* y *Mujeres y otros cuentos de riesgo*) comparten el carácter de haber sido concebidas como antologías o selecciones. Aparte de esto, cada una de dichas obras posee ciertas características especiales, algunas de las cuales se describen a continuación: *Palabras abiertas*. Si-

guiendo las aclaraciones hechas por el compilador de esta selección en la última parte del libro, se puede decir que los representantes y los textos incluidos en esta muestra de narración oral colombiana se inscriben más en la categoría de la narración oral escénica que en la de cuenteros populares propiamente dichos; ya que los narradores reseñados, más que tomar de boca de la gente las historias del pueblo, lo que hacen es recrear trabajos de investigadores o autores literarios reconocidos, tales como Eduardo Galeano, Juan José Arreola y Jairo Aníbal Niño, o inventar historias, haciendo, a su vez, la labor de autores literarios.



El libro, en general, contiene semblanzas, testimonios y recreaciones de seis narradores orales: Nelly Pardo Sabogal, Luis Liévano Qimbay, Dora Triviño, Fernando Rodríguez Roa—Jénesis—, Carlos Pachón R. e Iván Torres, siendo este último, como ya se dijo, el compilador.

Aparte de las aclaraciones y los datos acerca de la situación del narrador oral en Colombia registrados por Torres, y si descontamos la inclusión de algunos mitos y leyendas de origen indígena en versiones de Dora Triviño y Luis Liévano Qimbay—que, como ya se ha dicho, fueron tomadas de trabajos de Eduardo Galeano y otros investigadores—, ninguno de los textos seleccionados constituyen muestras valiosas ni auténticas de la tradición oral colombiana.

Cabría preguntarse, entonces, si el llamado movimiento de cuentería nacional, que tanto ha sonado en los últimos años, puede catalogarse en realidad como tal o si sólo se trata de una modalidad de teatro al aire libre, que se sirve de obras ya escritas, en vez de alimentarse de las "mesmas entrañas de la tierra".

*Mujeres y otros cuentos de riesgo*. Seis historias trágicas conforman este libro compilado por Celedonio Orjuela, en torno al tema de la prostitución. La